

No iréis más lejos de aquí: hace mucho tiempo que los grandes espíritus han dado la vuelta y tocado el fondo de la pasión humana y de las infamias cometidas en nombre del amor. Y si á la grosería de los hechos añadís la grosería de las palabras, encontraréis á Aristófanes, á Rabelais y á Shakespeare que las han dicho más gordas que vosotros.

Ahora bien, ¿por qué las obras de los maestros que acabo de citar, con tener monstruosidades aun más monstruosas que las vuestras, subsisten, mientras las vuestras ni siquiera pueden poner el pie en la escena?

Porque aquellos maestros hacían lo que vosotros no queréis, ó más bien, no sabéis hacer; porque buscaban las causas, porque daban las explicaciones, porque nos hacían conocer los fines de todas las anomalías que los habían impresionado, porque ponían al lado de fieras y malditas criaturas, dulces é inocentes figuras que recordaran á la humanidad su superior destino; finalmente porque no hacían del mal un principio y una teoría, sino una excepción y un accidente bajo toda reserva del ideal.

Nó, mi querido amigo, no hay que creer en una verdadera evolución del teatro, porque algunos al parecer audaces intenten introducir en él supuestos personajes nuevos y supuestas expresiones nuevas. Ni nosotros ni nuestros sucesores ensancharemos la escena. Todo lo que nosotros tenemos que decir, todo lo que digan otros, podrá siempre contenerse en el círculo en que Shakespeare y Molière pudieron moverse, como la paleta de Rembrandt, de Velázquez y de Correggio puede bastar á todos los pintores presentes y futuros.

Al público, más numeroso y más grosero que en otro tiempo, pretenden algunos que ha de hablársele un nuevo lenguaje adecuado á su ignorancia y á sus diversos orígenes. Es un error. Nosotros no tenemos que descender hasta el público bárbaro que nos traen diariamente las líneas férreas de todos los países; tenemos que levantarlo poco á poco, hábilmente, sin sacudidas ni violencias hasta nosotros. Los que lo conduzcan adonde debe ir, serán siempre los que, á través de todos los fangos de este mundo, lo llevarán al ideal.

Nosotros no estamos aquí sólo para decir al hombre y á la mujer que son peores aún de lo que se cree, sino también para decirles que pueden ser mejores y más felices de lo que son. He aquí pues la única evolución del teatro: la pintura del mal, la apología del bien.

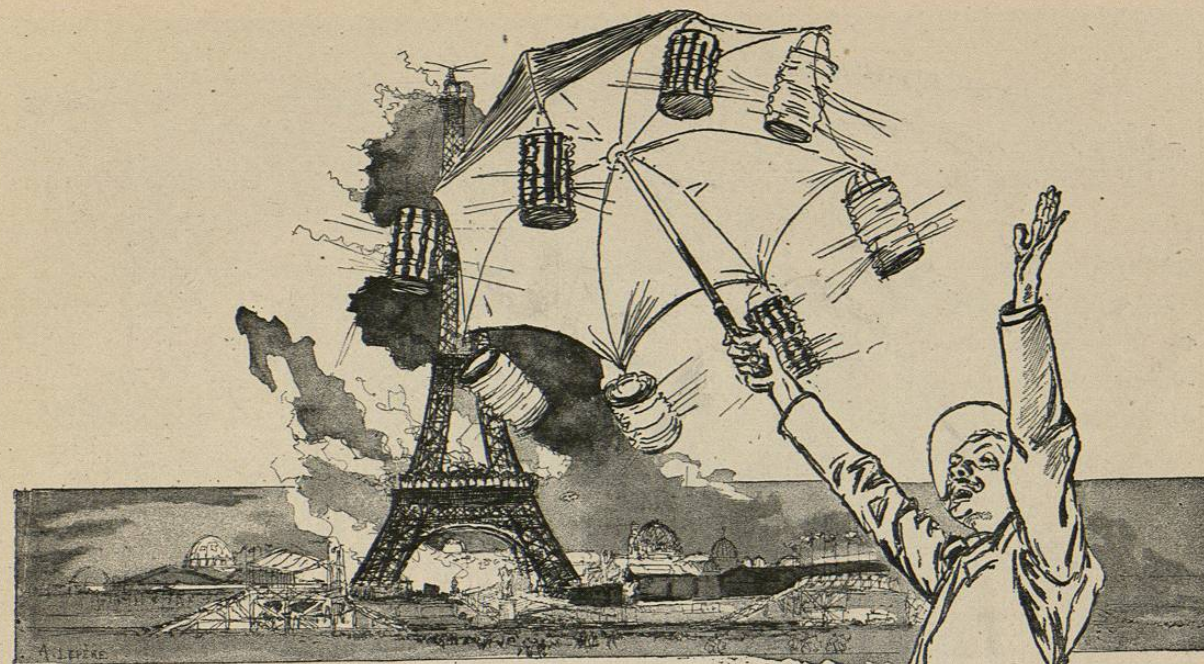
Siempre se ha hecho y se hará siempre así.

Pasa con el público lo que con Alcesto. Bien quiere éste despreciar á sus semejantes pero siempre con la canción del rey Enrique:

*J'aime mieux ma mie,
O gue,
J'aime mieux ma mie.*

ALEJANDRO DUMAS (hijo).

(De la Academia francesa)



LAS FIESTAS POPULARES

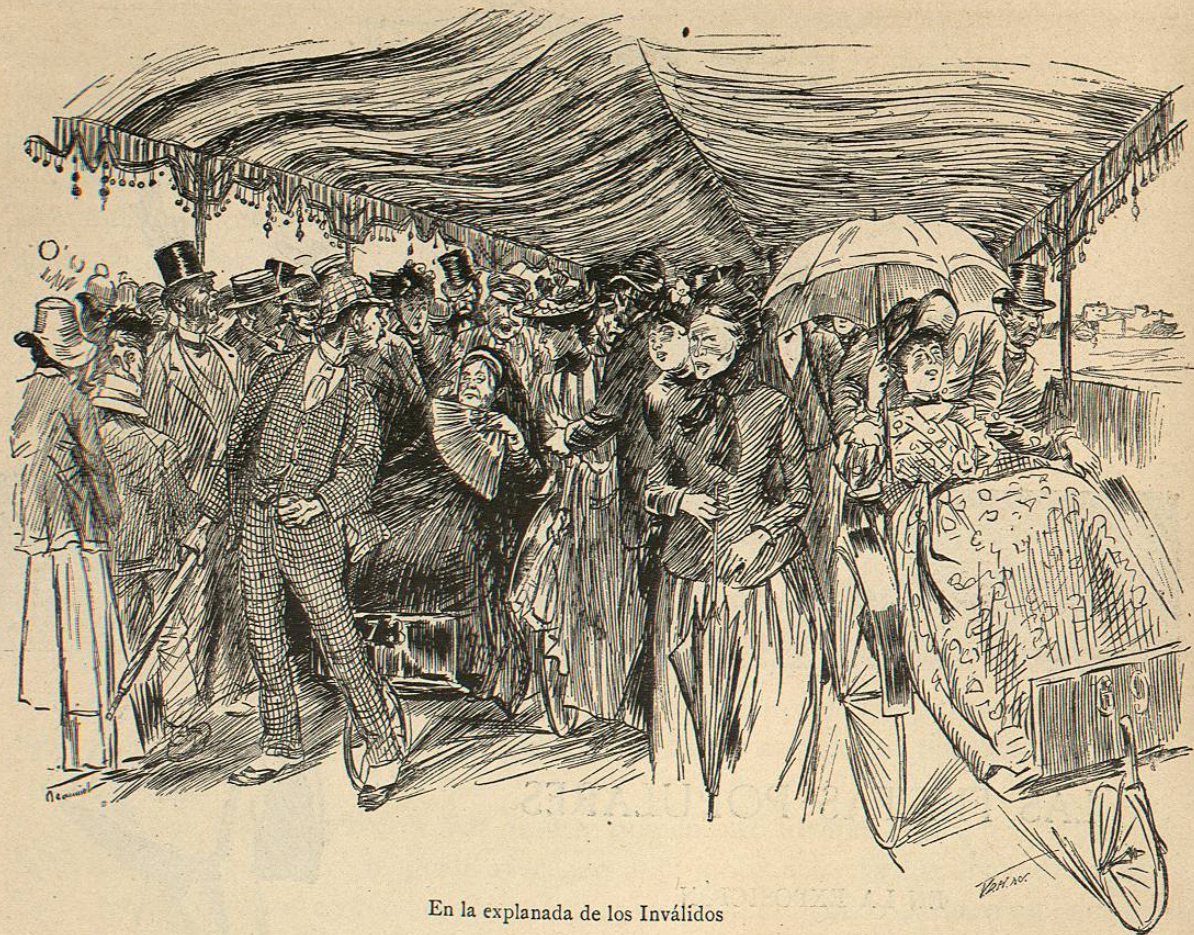
EN LA EXPOSICIÓN

No hay un rincón de este gran París que no se estremezca á los recuerdos ni que no recuerde historia. Este Campo de Marte, que era ayer una llanura saharésca y se encuentra hoy cubierto de jardines, domos, palacios, fuentes, se estremecía cien años ha bajo la masa de la multitud febril que venía á celebrar aquí la fiesta de la federación. Provinciales y extranjeros creían en la pacificación del género humano, que tenía por orador á Anacarsis Clootz. Embajadas exóticas, asamblea constituyente, guardias nacionales, miembros del municipio de París, sacerdotes oficiando con bandas tricolores, nada faltaba á aquel Tedéum de civismo, ni aun el rey de Francia.

Más tarde fué menor el entusiasmo en el grande espacio, que parecía llamar las reuniones tumultuosas, las oleadas populares, las apoteosis. Napoleón recibía aquí diputaciones en 1804; y en 1815, aquí convocó al pueblo para poner su corona bajo la protección de la libertad, y presentó el *acta adicional*, vana constitución que precedió muy poco al desastre de Waterlloo. Finalmente, Carlos X pasó aquí su última revista, la de 1827, y Luis Felipe celebró fiestas para el casamiento de su primogénito en 1837.

La Comisión ejecutiva de 1848 quiso igualmente triunfar en el Campo de Marte y organizó la *fiesta de la Concordia*, irónico prelude de las jornadas de junio.

Las Exposiciones de 1867 y 1878 hicieron también gemir este suelo y resonar en este espacio sus ruidos, sus himnos y entusiasmos. Hace algunos años, el coronel Bigot proyectó instalar en el mismo sitio un campo de carreras; pero se opusó á ello el ministro



En la explanada de los Inválidos

de la Guerra. Hoy, como siempre, el pueblo francés lo invade alegremente en inmensas oleadas, y para festejar santamente patrióticos aniversarios, come, bebe, ríe, bulle y rebulle bajo un cielo implacable, digno de Laghouat y de Tombuctú.

Los figones de los afueras se estremecen: la idea de campo ha variado en los cerebros; la Exposición ha reemplazado, para la mayoría, los fritos domingeros de Asnières, las partidas á lomos de asno de Montmorency y los empolvados bodegones de las Barreras.

Pero los días de fiesta, sobre todo, y muy particularmente el 14 de julio, el Campo de Marte es el soberano atractivo.

Por ir allá se deja de buen grado la explanada de los Inválidos, la *Nuba* de los tiradores argelinos con sus gangosas dulzainas, las danzas javanasas, los actores anamitas con sus felinos maullidos acompañados de una música sin nombre, y todo ese extraordinario bazar exótico, en que los malgachos se codean con los tonkineses, y los árabes y los negros del Congo charlan con los batiñoleses y montmartreses.

Desde la fiesta de la inauguración corría el rumor en París de que por la noche no se encontraba nada en que hincar el diente en la Exposición. Decíase el día siguiente que la innumerable multitud se lo había tragado todo en un abrir y cerrar de ojos; que en un santiamén había despojado las fondas y que sobre la hierba Julio Claretie, Ambrosio Thomás y aun acaso también Leconte de Lisle habían devorado con melancolía de pobres rematados secos restos de embutidos y medias lunas.

Desde tan grave acontecimiento, se dijo el prudente parisiense: «Cuando vaya al Campo de Marte, haré como en las murallas: llevaré mi comida.»

Y toma siempre tan prudente precaución; y desde las seis de la tarde, en las umbro-



Iluminación del Trocadero